

El noveno capítulo

Ernesto tropezó con De Senlis por pura casualidad. Sólo una vez había oído mencionar su nombre a León, un amigo librero muy aficionado al ocultismo; pero no le había dedicado excesivo interés, pensando que se trataba de un histrión decimonónico, como Pappus o Eliphaz Levi. Apenas entendía cómo una persona con la cultura e inteligencia de León desperdiciaba sus facultades en aquellas patrañas.

Él, por su parte, creía tener ocupaciones mejores. Joven profesor universitario, con una posición aún inestable en el departamento de filosofía, debía construirse un prestigio académico. El único modo consistía en hacerse habitual de las revistas especializadas con la publicación de sus investigaciones y a ellas dedicaba todo su tiempo.

Siempre a la búsqueda de temas inéditos, su propia tesis recientemente presentada sobre el pensamiento de Benito Arias Montano le había descubierto unos cuantos caminos merecedores de exploración. El más prometedor era la labor de cierta secta de Amberes, la Familia Charitatis, buscadora de la fraternidad universal. A ella se adscribió Montano hacia 1573, durante su estancia en los Países Bajos para supervisar, enviado por Felipe II, la edición de la *Biblia Poliglota*, que llevó a cabo el notable impresor Cristóbal Plantino.

Se trataba de un interesante capítulo del pensamiento heterodoxo occidental, poco conocido y peor estudiado. Una época en la que, a la sombra de los enfrentamientos entre católicos y protestantes, florecían excéntricos movimientos espirituales, como el de los alumbrados, y en la que arquitectos como Juan de Herrera resucitaban en sus edificios el simbolismo ocultista de los constructores de catedrales. Se quedó con ganas de saber más. En su trabajo sólo había podido tratar el tema tangencialmente, para no desviarse del verdadero objetivo; aunque lo poco que había llegado a averiguar despertó su apetito intelectual.

Le pareció que el trabajo de Plantino —miembro destacado de la secta, quizá incluso por encima de su fundador, Henrick Jansen Barrefelt— podía marcarle unas pautas de investigación. Siendo uno

de los más importantes impresores de su siglo, había dado a la luz, además de la citada *Políglota*, textos de muchos miembros de la Familia Charitatis y clásicos de la filosofía hermética, como el *Liber Salomonis*, la primera edición latina del *Séfer ha-Zohar*, de Moisés de León, o la misma *Naturae Historia*, de Montano.

Establecer la más completa bibliografía sobre las obras salidas del taller de Plantino se revelaba, pues, básico. Tras rellenar no pocas solicitudes ante el obispado y la Dirección General del Patrimonio Artístico, consiguió un permiso especial para hurgar en los archivos de El Escorial. A fin de cuentas, el primer bibliotecario del monasterio había sido Arias Montano y durante su estancia en Amberes se encargó personalmente de seleccionar y comprar gran cantidad de volúmenes para el rey.

Al llegar a El Escorial y pasearse por aquellas salas adornadas de viejos mapas y esferas armillares, de gigantescos frescos alegóricos, de estantes de nogal y caoba repletos de manuscritos e incunables, no pudo dejar de sentirse impresionado. ¿Por dónde empezar? El monje que lo acompañaba le preguntó el objetivo de su búsqueda. Cuando le contestó, su guía simplemente se encogió de hombros. La biblioteca no poseía un sistema de catalogación informatizado y los índices eran muy fragmentarios, a causa de cuatro siglos de incendios e infortunios. Lo único que pudo hacer fue llevar hasta su mesa seis enormes mamotretos, en los que figuraban listados de los libros adquiridos por la Casa Real durante los siglos XVI y XVII.

La indagación fue lenta y fatigosa, empeorada por el uso de signaturas en las anotaciones sin ningún sentido para Ernesto, acostumbrado a los sistemas modernos. Tras dos horas acumulando mugre en las yemas de los dedos, localizó un libro que figuraba como procedente de Amberes: *Mémoires secrètes*, de Jean de Senlis, fechado en 1581. Descubrió entonces que el personaje citado por León contaba, al menos, con el venerable amparo de los siglos.

Rellenó una tarjeta de solicitud y se la pasó al fraile, que desapareció en busca del libro. Volvió transcurridos unos minutos. Ante Ernesto dejó un volumen en cuarto, de gruesas y pesadas cubiertas de piel repujada con motivos florales, y cierres, cantoneras y nervios metálicos. En el centro de la tapa aparecía grabado el dibujo de una parrilla, símbolo de El Escorial. Lo abrió. En la portadilla pudo leer, junto al título, autor y fecha, el nombre de Plantino. Estaba impreso en un excelente papel de hilo y reclamaron intensamente su atención los tipos utilizados, irregulares, de tal forma que casi le llevaron a pensar que se trataba de un manuscrito. Sin embargo, había consultado demasiados textos antiguos como para no reconocer que aquella tinta no se parecía a la sustancia desleída por el tiempo que vertían

las plumas de su época. Era más bien sólida, con cuerpo; sin lugar a dudas la tinta grasa del impresor. Una depresión en forma de bisel al borde de las hojas, marca observada en viejas láminas de grabado, le dio la solución: Plantino no utilizó una imprenta de tipos móviles, como era usual, sino que cada página había sido estampada al agua-fuerte mediante plancha metálica, como si se tratara de una ilustración. Un método lento y caro, y que además sólo permitía un tiraje limitadísimo: un centenar de copias, a lo sumo.

Oyó una tos desde el otro extremo de la estancia. Consultó el reloj. Se hacía tarde. Había perdido demasiado tiempo rebuscando en los catálogos y, por muy interesado que estuviera, debía dejarlo para el día siguiente. Antes de marcharse dio una ojeada final al texto de De Senlis. A modo de introducción figuraba un índice con nueve capítulos y sus largos títulos descriptivos... excepto en el último. Estaba señalado con una cifra únicamente, sin especificar su contenido. Por curiosidad lo buscó. Capítulo séptimo... Octavo... Pasó páginas. Final. Volvió atrás; quizá fuera muy breve y había pasado por alto su encabezamiento. Nada. El capítulo noveno no aparecía. ¿Un error? ¿O acaso el ejemplar estaba mutilado? No le extrañaría, tratándose, al parecer, de un libro de contenido esotérico, librado al dominio del poder eclesiástico. Se prometió investigar.

Más tarde, mientras repasaba sus notas una vez en casa, Ernesto se dio cuenta de que las *Mémoires secrètes* estaban absorbiendo un interés que debía dirigir a la Familia Charitatis. No sabía si hacía mal, pero el enigmático libro le cautivaba. De todos modos, no poseía ningún dato sobre De Senlis; a lo mejor también pertenecía a la secta de Plantino, pues éste publicó su obra. Consultó alguna de las fuentes utilizadas en su ensayo sobre Arias Montano y no encontró nada. Los conocimientos ocultistas de León podían servir de algo, a fin de cuentas. Decidió fiarse de su experiencia. Llamó primero a su casa y no contestó; a continuación marcó el número de su librería, en la calle de la Paja, en el corazón del Barrio Gótico barcelonés. Se puso enseguida. Tras los saludos de rigor, Ernesto entró en materia y le preguntó por las *Mémoires secrètes*. Por unos segundos León enmudeció, para arrancar poco después con un persistente tartamudeo:

—¿Lo has...? ¿Lo has visto? ¿Has visto algún ejemplar de esa obra?

—Sí, he podido consultar uno en la biblioteca de El Escorial —le respondió Ernesto.

—¡Qué suerte tienes, maldito! Has hecho un verdadero descubrimiento. Se trata de un libro rarísimo, el sueño de un bibliófilo. Hasta ahora sólo se conocían dos ejemplares de la limitadísima tirada original: uno en el Museo Británico y el otro en la Biblioteca Nacional de

París. Existe una reciente traducción inglesa, pero no estoy muy seguro de su fiabilidad; me encantaría cotejarla con el original. ¿Podrías conseguirme un permiso para hacerlo?

—Lo intentaré, te lo prometo. —Antes de que el entusiasmo de León condujera la conversación por otros derroteros, Ernesto volvió a la carga—. ¿Y sobre Jean de Senlis qué puedes decirme?

—Representa una figura realmente curiosa, aunque no excepcional; su época produjo personajes extraordinarios. Si tienes acceso a sus memorias pronto lo averiguarás; de todas formas, te ofreceré un adelanto:

»Fue un célebre hechicero conocido durante muchos años en todo el continente y parece que nació en el norte de Francia, cerca de París, hacia 1548. Inició estudios de teología en la Universidad de Leyden, pero su afición a ciertas ciencias judaizantes le costaron la expulsión. Comenzó entonces un vagabundeo por las cortes europeas, en las que ganó honesta fama de profetizar el futuro y la más oscura de practicar nigromancia y mantener tratos con seres diabólicos.

—Así que nos las tenemos con un pícaro más —interrumpió Ernesto, evidentemente desilusionado. Había tenido la esperanza de que De Senlis fuera un místico heterodoxo como Boehme o Campanella; estudiar las andanzas de un vividor, que se llenaba los bolsillos con sus trucos de ilusionismo, no entraba entre sus planes.

—A lo mejor. No obstante, su figura siempre ha resultado atractiva y misteriosa. ¿Cómo explicarías tú que abandonara Amberes una semana antes de que los tercios españoles saquearan la ciudad? ¿O su advertencia a Guillermo de Orange sobre un intento de asesinato que acabó consumándose?

—Probablemente era una persona muy bien informada. Tal como estaba la situación en Flandes, cualquiera podría haber supuesto esos acontecimientos.

León, conocedor del espíritu cartesiano de su amigo, no se molestó por su incredulidad y, haciendo acopio de paciencia, continuó:

—Concentrémonos, pues, en sus *Mémoires secrètes*, y veamos qué tienen de excepcional. Otros aventureros han narrado su historia, como Casanova, como el pirata Exquemeling... En España mismo tenemos un magnífico ejemplo en la *Vida*, de Torres Villarroel, un tunante divertido, poeta, ladrón, astrólogo y alquimista. Pero existe una peculiaridad, una peculiaridad inquietante. En el libro, De Senlis cuenta su vida entera desde la perspectiva de un hombre viejo que recuerda con añoranza una larga andadura, detalladamente, con fechas y nombres... ¡Narra incluso su propia muerte! Y todo esto, si nos atenemos a la fecha de publicación, 1581, nos lo revela cuando apenas contaba treinta y tres años. Le restaba más de medio siglo para

alcanzar los ochenta y seis, edad en la que, retirado en un pueblecito de Normandía, deja este mundo, tal y como había pronosticado. ¿Impostura? Dificilmente. Los pocos estudiosos que se han ocupado del tema aseguran que no hay falsificación en el libro, ni engaño en la fecha de impresión. Que De Senlis condicionara su actuación a lo que sobre él mismo había escrito tiempo atrás es bastante improbable; demasiados imprevistos modifican nuestra existencia a cada instante, sin que podamos hacer nada para evitarlo. ¿Estamos, pues, ante la evidencia de que poseía secretos que no conocemos, de que en sus lecturas de grimorios y textos cabalísticos halló la llave de poderes ajenos a nuestros esquemas científicos y a sus leyes más elementales?

Ernesto no supo darle contestación. León acababa de descubrirle que cuanto se traía entre manos era mucho más importante que la historia de un pequeño grupo herético o una rareza para anticuarios. Pese a todo, no podía, no debía creer en aquello. Se imaginaba ya a sus colegas sonriendo indulgentes. ¡El joven erudito, la promesa de la investigación, metido a cazador de fantasmas! No se detendría, sin embargo; si algo cierto había en la fantástica leyenda de De Senlis, estaba dispuesto a descubrirlo. Al precio que fuera.

Tras su clase de la mañana, en la que impuso un examen sobre escolástica a una legión de jóvenes para nada interesados en el tema, Ernesto comió apresuradamente y volvió a El Escorial.

Pidió de nuevo las *Mémoires secrètes* y, sin dejar de darle vueltas al asunto del capítulo desaparecido —tendría que hacer alguna gestión para tratar de averiguar si en los otros ejemplares conocidos figuraba o no—, empezó su lectura desde el principio.

A grandes rasgos desarrollaba lo narrado por León: su infancia en el pueblo francés que le legó el apellido, el aprendizaje de las primeras letras bajo la tutela de un clérigo traductor de Ovidio y amante de los buenos vinos, y su viaje y estancia en Leyden, episodio notable por presentar un detalladísimo cuadro intelectual de la Europa de su tiempo, agitada por el cada vez más influyente luteranismo y su contrincante, el catolicismo, reforzado tras el Concilio de Trento; tiempos apasionantes en los que un nuevo mundo se abría allende los mares; en los que Copérnico descubría que no somos centro ni estamos inmóviles, sino que giramos alrededor del Sol en alocada carrera; en los que, junto a Paracelso y Nostradamus, coexistían Servet y Mercator.

Pese a su interés, la lectura se le hacía pesada, incluso difícil. Redactado en estilo llano, el texto estaba, en cambio, plagado de erratas que entorpecían excesivamente el avance y la comprensión. Abundaba la repetición o el añadido inmotivado de letras, como en el caso, por ejemplo, de la palabra «étrange», que De Senlis escribía «étrange»;

la acentuación incorrecta —«etónner» por «étonner»—; o la no concordancia de número entre diferentes palabras de la oración. El primer párrafo ya era por sí solo una antología del disparate:

«jé suis à la normandie, un l'ieu froid, chàgrin, où j'écris ces papiers pour les hommes du demmaine, tropp vieux, fâtigué et sans causses pour le illusionner. Hier j'étàis un roi, aujôurd-huir je suis un triste mendiantt».

A Ernesto le resultó sorprendente que Jean de Senlis, con su formación, cayera en errores tan evidentes, y más aún que un excelente impresor como Plantino no los corrigiera. Llegó a preguntarse, en un principio, si las normas ortográficas del francés habrían variado mucho en los últimos siglos; pero luego, en contra de esa posibilidad, descubrió una misma palabra escrita de forma diferente en dos o más lugares. Había una negligencia en el libro, muy cuidado en otros aspectos, que no acertaba a explicarse.

Tomó nota. Sorteando los obstáculos lingüísticos, volvió a sumergirse en las andanzas de un hechicero muerto hacía casi cuatrocientos años.

El miércoles sólo debía impartir una clase a primera hora de la mañana y Ernesto aprovechó para retomar algunos cabos sueltos dejados atrás. Envío un mensaje a Henri Guinot, archivero de la Biblioteca Nacional de París, al que conocía de un seminario organizado años atrás, donde le rogaba que examinara el ejemplar de las *Mémoires secrètes* allí guardado, en busca del noveno capítulo desaparecido. Más tarde estudió algunas gramáticas francesas en la biblioteca de la facultad y consultó con algunos colegas especialistas. En todas partes el veredicto fue unánime: en ningún momento de la historia, y mucho menos en el siglo XVI, las palabras incorrectas del texto se habían escrito de aquel modo. Se trataba de simples errores, debidos a la incultura de De Senlis o al descuido del grabador. Ernesto lo aceptó, aunque algo le decía que la explicación no era correcta, que la pieza encajaba con demasiado esfuerzo en el engranaje. Seguía sin imaginarse a Plantino dejando pasar semejante chapuza.

Decidió afrontar su investigación desde una nueva perspectiva y no centrarse únicamente en la lectura del libro de De Senlis. Buscó documentación sobre las andanzas del hechicero en escritos de la época y monografías de otros estudiosos. Fue una tarea ingrata, lenta y de escaso provecho: apenas unas líneas en un artículo de Caro Baroja y un capítulo, más fabuloso que fidedigno, del *Disquisitionum magicarum*, de Martín del Río. Nada aportaban que la breve exposición de su amigo León no contuviera ya. A punto de desesperar, dio con una selección de actas procesales de la Inquisición, publicadas

por el Archivo Histórico Nacional. En ella aparecía la declaración tomada por el tribunal de Cerdeña al criado y ayudante de De Senlis en sus últimos días, Charles Nanty, acusado de traficar con libros prohibidos, en concreto con un tomo de contenido «blasfemo e incitador a la idolatría y al comercio diabólico», según rezaba el acta. Nanty aseguraba al tribunal que nada sabía del tema de aquellos libros, legados por su amo, y que sólo se había limitado a intentar venderlos para obtener unas monedas. Más tarde, sin embargo, el criado parecía recobrar la memoria, gracias a las atenciones del inquisidor. Su confesión decía así:

«En el Real Castillo de Sasser a veynte días del mes de octubre de 1643, ante el señor Ynquisidor y Ordinario, el Doctor Fernando Andrada de Gálvez y ante mí, Antonio Zampello, notario, no reconociendo Carlos Nantes los dichos cargos fue mandado llevar a la cámara del tormento, donde fue el dicho Ynquisidor y Ordinario a las nueve de la mañana. Puesto Carlos Nantes a cuestión de tormento, le mandaron desnudar y ligar las piernas, cabeza y brazos y pusieron los garrotes, y mandaron apresar dando quatro bueltas a cada garrote, y amonestado que diga la verdad a lo qual dixo que ya la he dicho, y amonestado que diga la verdad, por amor de Dios, no contestó. Y mandando el dicho Ynquisidor y Ordinario doblar el tormento dixo Carlos Nantes ser cristiano y por fee de Nuestra Señora que digo la verdad, y amonestado que diga la verdad dixo Dios sabe todo, y amonestado que diga la verdad, confessó por librarse de tanto trabaxo que su amo Juan de Senlis, en lecho de muerte, le rogó cogiera los restantes libros de Amberes e hiciera que pasaran por muchas manos, que había preparado hacia años una gran magia escrita en los libros para vencer a la muerte y gracias a esta magia viviría para siempre, y amonestado que diga la verdad, dixo es la verdad, que él, Carlos Nantes, creía en nuestra santa fee cathólica pero el dicho Juan de Senlis era un gran pecador, y era su amo y debía obediencia, y cogió los libros y llevó a Venezia y a Roma y a Cerdeña, donde fue preso por este tribunal.

»E luego le fue leydo lo que dixo en la cámara de tormento y dicho que lo había oído y entendido, dixo que él declaró lo que se le ha leydo y está bien escrito, y no tiene en ello que alterar, añadir ni enmendar más de lo que tiene dicho en esta audiencia, que en ello se afirmava y afirmó, ratificava y ratificó, que lo dezía por ser verdad y salvar su alma, y con tanto amonestado fue mandado bolver a su cárcel, y firmó lo dicho, ante mí Antonio Zampello».

Ernesto, satisfecho con su descubrimiento, repasó detenidamente el acta. ¿Podría ser el libro mencionado sus *Mémoires secrètes*? El texto de los inquisidores decía que «había preparado hacia años una

gran magia escrita en los libros para vencer a la muerte y gracias a esta magia viviría para siempre»; sin embargo, por lo leído hasta el momento en el ejemplar de El Escorial, se trataba sólo de una biografía, y en ningún momento daba recetas para confeccionar hechizos. Pero estaba el asunto del noveno capítulo, del misterioso capítulo desaparecido... Quizá el citado ritual estaba descrito allí y por eso había sido destruido, bien fuera por Arias Montano o por los siguientes bibliotecarios del monasterio. Era una teoría bastante convincente. De hecho, resultaba tan plausible que la habría acogido sin reparos, de no recibir, al día siguiente, noticias que enturbiaron el asunto. En su buzón electrónico, una nota del archivero Guinot le anunciaba que el ejemplar de la Biblioteca Nacional, idéntico al consultado por Ernesto, carecía del noveno capítulo, pese a listarlo en su índice.

La coincidencia entre los dos libros, sometidos a avatares tan diversos, no dejaba de ser merecedora de atención. Todavía quedaba por cotejar el ejemplar del Museo Británico. Empezó a pensar en posibles contactos con universidades inglesas, pero eso debería esperar: sus obligaciones académicas —dos clases y un claustro por la mañana, y por la tarde un buen montón de exámenes aguardando su corrección— le forzaban a olvidarse por una jornada de las *Mémoires secrètes*.

Cumplió la primera parte de su agenda. Tras comer un bocado en la cafetería de la facultad, regresó a casa. Se quitó la americana, calzó unas zapatillas y, una vez cómodo, fue hacia el despacho. Sobre la mesa le aguardaba el montón de folios escritos por sus alumnos. Con un suspiro de resignación se dispuso a enfrentarse al aburrimiento.

Al cabo de unas horas estaba completamente inmerso en el trabajo. En su mano derecha sostenía el rotulador con el que anotaba los ejercicios, mientras iba pasando páginas con la izquierda. Estando en esta tarea —seguía una disquisición sobre Abelardo y su interpretación de la Santísima Trinidad—, súbitamente le sorprendió una sensación de repetición, de haber leído antes aquellas mismas palabras. Intentando recordar, volvió sobre los exámenes ya corregidos. No tardó en confirmar su sospecha. Había otro semejante, con párrafos copiados casi literalmente. Miró el nombre de los autores: Jiménez y Aguilar, dos alumnos muy amigos que solían sentarse siempre juntos. El primero era un estudiante bastante destacado, con ideas propias e interés por la materia; el otro, aunque inteligente, se mostraba un tanto perezoso y solía andar siempre a remolque de su compañero. En otras ocasiones ya había sorprendido semejanzas en los trabajos de ambos. Revisó de nuevo el examen de Aguilar para asegurarse. No pudo dejar de sonreírse al observar que, para disimular la copia, había insertado errores, sin duda voluntarios por lo evidentes, en su

impecable exposición. Seguro de la excelente nota, el muchacho estaba dispuesto a sacrificar algunos puntos en bien del disimulo.

Mientras hacía ese razonamiento, su mente lanzó una señal de alerta. Excitado, reconoció la lección que su alumno le acabada de dar al recordarle que los errores pueden ser premeditados, que pueden ocultar una plan y tener un propósito... y todo esto se ajustaba a la perfección con las *Mémoires secrètes*.

Aún no sabía cómo había conseguido contener su impaciencia y aguardar a una hora razonable para presentarse en El Escorial. Sin apenas dormir, se había pasado la noche dando vueltas a la idea de que estaba a un paso de desentrañar el enigma del noveno capítulo. Sus dedos rozaban la llave del misterio. ¿Se equivocaba y estaba ante un espejismo más? Su agitación interior se transparentaba de forma evidente, pues el fraile bibliotecario, que ya le contemplaba como una presencia habitual, le observaba ahora desde detrás de su atril con curiosidad no disimulada.

Ernesto levantó la gruesa tapa del libro, pasó la portadilla y se detuvo ante el texto de De Senlis. Transcribió el primer párrafo en su libreta de notas y subrayó todos los errores:

«jé suis à la normandie, un l'ieu froid, chàgrin, où j'écris ces papiers pour les hommes du demmaine, tropp vieux, fâtigué et sans causses pour le illusionner. Hier j'étais un roi, aujôurd'hui je suis un triste mendiantt».

A continuación agrupó todas aquellas letras incorrectamente en minúsculas, mal acentuadas, duplicadas o añadidas. Animado, vio cómo se formaba una frase coherente:

«Je n'aime pas la mort».

No deseo la muerte. Así pues, el noveno capítulo existía; siempre había estado allí, ante los ojos de todos, intercalado en el resto del texto con una clave que le había engañado durante días por su propia sencillez. ¿Era posible que nadie se diera cuenta? Ernesto estaba demasiado interesado en el mensaje oculto como para detenerse a reflexionar. Tras unos titubeos, descubrió que podía continuar leyendo lentamente, sin necesidad de copiar y marcar el texto:

«No deseo la muerte. No obstante, aunque con grandísimos trabajos he podido frenar su paso, pronto ha de alcanzarme. Siempre lo hace. Su victoria, me he asegurado de ello, sólo será temporal».

Ernesto pasó la página y tardó unos segundos en localizar la siguiente letra.

«En Leyden, cuando los doctores pretendían instruirme en sus mal logradas Escrituras y hacer que creyera los laberínticos razonamientos con los que justificaban doctrinas completamente estúpi-

das, otro maestro, de mayor ingenio y ajeno a las aulas, me condujo por los verdaderos caminos del Poder. Los sábados por la noche nos reunía a algunos estudiantes en el sótano de su casa, en las afueras de la ciudad, y nos hablaba del *Pequeño Alberto*, de *El libro de San Cipriano* y del *Grimorium Honorii Magni*; de cómo usar la Mano de Gloria y cómo atraer a Lucifer Rofocal mediante el Sacrificio, el Círculo y la Evocación; de los gnomos, silfides, dríadas y ondinas; de la jerarquía que gobierna los Infiernos. Habiéndose acercado mis compañeros a sus enseñanzas llenos de curiosidad y buscando, quizá, una receta alquímica que les hiciera ricos, desertaron asustados, mas suficientemente comprometidos como para guardar silencio ante la justicia. Quedé solo y mi maestro me reveló, entonces, que todo lo que nos había referido hasta el momento no eran más que supersticiones de gente llana, consejas para entretener a los niños. Nos había puesto a prueba, buscando entre nosotros al verdaderamente sediento de saber, dispuesto a arriesgarlo todo, sin timideces.

»Durante tres años fui instruido en el Arte Menor y pronto logré realizar, con cierto inconsciente extravío, pequeños prodigios, simples juegos, que para el mirar ignorante eran manifestaciones diabólicas, hasta el punto que la murmuración se tornó peligrosa. Me obligaron a abandonar la universidad, mas no me afligió la circunstancia. Mi preparación tocaba a su fin y podría acceder al Gran Arte.

»La Consagración tuvo lugar una noche de San Juan, en un claro del bosque. Las llamas de la hoguera se alzaban con fuerza, ruborizando mi piel desnuda, mientras las ramas de los árboles, agitadas, frotaban entre sí sus hojas y murmuraban una musiquilla evocadora de mares lejanos. Irónicamente, era una noche espléndida, de ésas que parecen cantar alabanzas a la obra del Creador. La primavera había sido inusualmente cálida y la luna, en cuarto menguante, cedía el cielo a las estrellas, que brillaban jubilosas sin el concurso de nubes. De repente sentí frío.

»Mi maestro se arrodilló a mi lado, en el círculo que, con una vara de avellano, había trazado a nuestro alrededor. Vi a alguien delante de nosotros, ensombrecido por la luz de la hoguera situada a sus espaldas. Lo reconocí. Era Astarot, el Hombre Negro, Archiduque de los Infiernos, una de las encarnaciones de la Trinidad Diabólica. En sus manos sostenía un cáliz esmeralda. Ante mi mirada, se desgarró con la afilada uña de su índice la muñeca izquierda y empezó a verter su sangre en la copa. Cuando estuvo llena besó la herida y desapareció ésta. El Hombre Negro alzó el cáliz a la altura de su frente y me habló por primera vez:

»—Ésta es mi sangre, sangre que sellará la alianza eterna que contraéis hoy conmigo. Por ella renunciaréis al cielo que el Cordero pro-

metió; yo, a cambio, os entregaré el mundo y seréis como Dios, cono-
cedor del bien y del mal. Bebed.

»Alargó el cáliz hacia mí y en su oscura faz resplandeció una son-
risa invitadora. Lo tomé de sus manos. No dudé. Llevé la copa a mis
labios y tragué su contenido. Supe entonces lo que sintió Adán al
morder la manzana del Árbol de la Ciencia y perder la gracia divina.
Un dolor, como ningún dolor de la carne puede igualar, desgarró mi
ser. Me sentí vacío y solo, despojado, sucio, un niño abandonado,
consciente por primera vez de aquello que perdía sin posibilidad de
recobrarlo. Una tristeza infinita, una sed imposible de saciar, la mel-
ancolía del ángel caído fueron mi único pensamiento. Nunca creí que
pudiera notarme tan desnudo sin mi alma. Pero el dolor pasó y, aún
gimoteante, contemplé los velos desgarrarse y cobrar forma las som-
bras de la cueva. El mundo, que hasta aquel instante había engaña-
do a mis ojos con sus espejismos, se despojó de disfraces y adquirió
significado. Era yo como el pájaro que sobrevuela la ciudad, desc-
frando sin dificultad, desde su privilegiada posición, el trazado de las
callejuelas; mientras que el pobre forastero no hace sino deambular
perdido, bajo el engaño de plazas y edificios que se repiten. Nunca
más sería un forastero en el mundo. Cada dibujo que las aguas traza-
ban en el arroyo, cada nube caprichosa, cada estrella que en la ma-
drugada se precipitaba a la tierra me hablaba con un lenguaje com-
prendible de la inmutable secuencia que rige el cosmos. Pasado, pre-
sente y futuro no eran sino las caras de un dado que giraba entre mis
dedos. Fui dueño del Poder».

Ernesto se agitó en su silla y el chirrido producido al arrastrarla,
amplificado por las bóvedas de la sala, hizo al bibliotecario abando-
nar por un instante su tarea para lanzarle una mirada admonitoria,
que el joven profesor ni percibió. Se sentía fascinado. Había estudia-
do anteriormente actas de procesos por brujería y estaba familiariza-
do con aquel tipo de confesiones. En su mayoría reflejaban testimo-
nios similares: el convencimiento que demostraban las hechiceras
sobre la realidad de sus visiones era absoluto. Algunos investiga-
dores apuntaban la existencia de sustancias alucinógenas en el un-
güento con el que se frotaban para emprender el viaje al aquelarre;
otros, de espíritu pragmático, lo justificaban atendiendo a las dotes
persuasivas de la tortura. La narración de Jean de Senlis, escrita sin
coacción, parecía apoyar la primera teoría: ¿no había bebido de una
copa antes de su extraña experiencia? Sin pensar más, Ernesto si-
guió leyendo:

«Desde aquel día he hecho uso de los dones con los que las poten-
cias infernales me han obsequiado. Sé el alto precio pagado y que su
ejercicio aún producirá mayores beneficios a las arcas del Averno;

pero prefiero, para ahorrarme cuidados, hacer ojos ciegos y holgarme en ellos. Viajo por toda Europa como un rico gentilhombre, acompañado de criados, amantes y lebreles, sin ocultar en ningún momento mi condición de mago, pues no deja de producir cierta fascinación en cortesanas y príncipes, que disputan entre sí para retenerme, en su lecho unas y en los laboratorios los otros, como hiciera el elector Augusto de Sajonia, que llegó a maridar con una cadena al pobre alquimista Daniel Bachman, lo suficientemente larga, eso sí, para alcanzar las retortas y alambiques. A mí la fortuna me ha sido mucho más propicia, ya que conozco lo suficiente sobre el futuro como para dar un rodeo cuando un obstáculo serio compromete mi camino.

»Pese a no ser remiso a entregarme a los placeres, no quiero semejar al pobre que recibe repentinamente una gran herencia y, desafortunadamente al uso de las riquezas, dilapida sus bienes en poco tiempo y acaba por sumirse, de nuevo, en la miseria. Voy a tomar mis precauciones y a desplegar un plan para asegurarme la eternidad que, puesto me es imposible gozar en el otro mundo, disfrutaré en éste. Sólo me resta, en la lista de mis triunfos, vencer a la muerte. Y poseo magníficas armas para doblegarla.

»Por mucho que la hechicería consiga alargar mi vida, puedo moderar el paso de la naturaleza, pero jamás detenerla. El cuerpo envejecerá y de nada serviría retener mi consciencia en una carcasa ajada y marchita, como una momia amarillenta a la que se le parten los huesos de puro usados. El inmortal sólo puede prolongar su personalidad mudando periódicamente de cuerpo. Preciso, por tanto, de receptáculos para mi alma imperecedera, y receptáculos adecuados. El intelecto destinado a recibirme debe estar preparado de la forma debida, haberse ejercitado duramente, como se ejercita cualquier músculo para perseguir su desarrollo. No me sirve cualquiera. Por ese motivo escribí el libro».

Ernesto se sonrió ante la locura, entre cómica y patética, de De Senlis. No podía tratarse de otra cosa; a estas alturas estaba convencido de su sinceridad. Seguramente el pobre diablo había muerto creyendo que renacería, que su magia tenía una eficacia real.

»En sus páginas he encerrado una clave —que sin duda ya has descubierto, amigo lector, pues sigues mis argumentos—, a un tiempo la prueba para escoger una inteligencia suficientemente despierta y un complejo ritual mágico. Como cualquier estudiante de la Cábala sabe, palabras y letras son continentes y desencadenantes de poder. Con ellas he tejido un laberinto, una danza, un ritual evocador; he creado una música, una tela de araña, una llave que abre determinadas cerraduras. Su proceso de descifrado se realiza mediante unos pasos que se corresponden con el encantamiento, y así, en el mo-

mento en el que consigas traducir la última palabra, los Infiernos liberarán mi alma y tu cuerpo se verá bruscamente vaciado y poseído. Sé que no es justo, ¿mas acaso ha existido alguna vez la justicia? Adiós, amigo, no sabes cómo te lo agradezco».

Ernesto empujó el libro lejos de sí. En su brusco retroceso, a medias incorporado, tropezó con su propia silla y con un grito cayó de espaldas. El bibliotecario, al verlo chocar estrepitosamente contra el suelo, arrastrando consigo anotaciones y fichas, corrió en su ayuda. Sin hacer ningún esfuerzo por levantarse, el joven profesor temblaba encogido, abrazándose, el rostro congestionado.

—¿Qué le sucede? ¿Quiere que vaya a buscar un médico?

Ernesto, a duras penas, contestó que no con la cabeza. Apoyándose en el brazo del fraile, arrodillado a su lado, intentó incorporarse. Se veía que las piernas le fallaban, que una extraña descoordinación aquejaba a todos sus miembros; pero, poco a poco, parecía recobrar la lucidez. De pronto, como si despertara de un sueño, se enjugó el sudor de la frente, miró a su alrededor y, volviéndose al bibliotecario, preguntó:

—*Je vous en prie. Où est-ce que nous sommes?*

Acerca de “El noveno capítulo”

No sé si fue un paso adelante o un tropezón que me arrojó al abismo. “El noveno capítulo”, al menos, supuso un hito en mi determinación de escribir de un modo serio y dedicado. Desde que me enseñaron a ligar letras siempre había emborronado papeles. Trasplantando mis fantasías de niño, escribí sobre inteligentes detectives, monstruos sanguinarios y audaces espadachines. Las naves espaciales de la pantalla aterrizaban en mis cuadernos escolares, componiendo odiseas donde se mezclaban *Star Wars* y *Espacio 1999*. Escribía sin parar, en efecto, y con el más noble y desinteresado de los objetivos: para mi único disfrute.

Pero con la adolescencia crece la ambición personal, nos creemos héroes de tragedia y admiramos a esos artistas que consagraron su existencia a una creación personal, a pesar de incompreensiones y penalidades. Ya no nos conformamos con pasar un buen rato inventando, queremos hacer una Obra, así con mayúsculas, y a ser posible grabada en el mármol de los panteones para hombres ilustres. Escribes con mayor sufrimiento, pues supones estar haciendo arte y la posteridad contemplará tus frases con mirada severa... Entonces pueden suceder dos cosas: que tu enorme ego te sirva como motor y te impulse hacia metas cada vez más ambiciosas o, por el contrario, que un fogonazo de lucidez y realismo te haga contemplar escéptico tus ampulosos manuscritos, para cuestionarte si no estarás perdiendo el tiempo, si esas narraciones en las que has invertido tantas horas tienen algún sentido.

“El noveno capítulo” se redactó en ese momento de crisis. Ya había dejado atrás la primera juventud, mis estudios habían concluido y tenía un empleo. La vida me presentaba otras perspectivas y ser escritor no parecía un objetivo irrenunciable. De hecho este relato fue iniciado y abandonado después de unas pocas páginas durante largos meses. Miraba el grueso fajo de cuentos precedentes y muy poco creía encontrar de valioso. Tal vez había terminado el tiempo de la fantasía y debía admitir mi escaso talento. Aun así, di un último

empujón a aquel borrador y terminé su historia de eruditos y hechiceros. Tal vez fuera el epitafio a mi carrera como fabulador. Corría 1994.

En aquellos años, aunque pusiera en cuestión mi habilidad como artista, no perdí temple como lector. Mi afición a la literatura fantástica adquiría naturaleza de fe y ésta, si es verdadera, no ofrece dudas. La primera mitad de la década de los noventa fue una época magnífica, con excelentes fanzines, algunas antologías y unas pocas editoriales que se atrevían a dar paso a los autores españoles. Una de las mejores publicaciones de aquella época fue *Opar*, revista artesana editada en Madrid con gran gusto por Alfredo Lara. No sé de dónde obtuve el atrevimiento, pero decidí salir de mi autismo y enviarle un fajo de cuentos inéditos. Para mi sorpresa, no mucho tiempo después recibí una llamada telefónica de Alfredo. Me comentó lo interesantes que le habían parecido algunas de mis historias y subrayó en especial “El noveno capítulo” como pieza destacada. Me comentó que la TerMa —tertulia de ciencia-ficción organizada semanalmente en Madrid— convocaba un concurso de relatos fantásticos y veía posibilidades en mi texto. Incluso, ante la cercanía del plazo de cierre, que me impedía un envío por correo desde Barcelona, se ofreció él mismo a presentar mi obra al certamen. No podía negarme ante tanta amabilidad... Esta historia no tiene un final de película: el relato no ganó, pero sí quedó en segunda posición, lo que para mí significó muchísimo. Las cosas que escribía, descubrí, no sólo suponían un entretenimiento particular; a la gente le gustaba leerlas, las apreciaban. Imposible imaginar mayor incentivo.

Alfredo Lara acabó ofreciendo “El noveno capítulo” dentro de *Opar* en 1996. No fue mi primera publicación; en el interin otras piezas de mi producción temprana habían empezado a ver la luz. Una revista literaria local, *Palimpsestos*, brindó sus páginas a “La belleza inmóvil” en 1994; casi al mismo tiempo Luis G. Prado presentaría “Recuerda, amor mío” en su fanzine *El Fantasma*. “Una llamada en la oscuridad” se publicó en otra revista amateur, *Mundos Imaginarios*, muy poco después, en 1995. Si mis archivos no mienten, hasta ocho relatos más, en rápida sucesión, llegaron a aparecer en diversas publicaciones antes de que el minucioso Alfredo alumbrara ese relato tan determinante para mí. Pero no importaba. Él me había regalado confianza y entusiasmo. Me había convertido en un escritor de verdad. Me había condenado.